Orhan Pamuk
Premio Nobel de Literatura 2006

Mauricio Molina

La concesión del Premio Nobel de Literatura al escritor turco Orhan Pamuk (Estambul, 1952) nuevamente pone en evidencia los mecanismos ideológicos que rigen los criterios de la Academia Sueca a la hora de seleccionar a sus galardonados. Más allá de la evidente calidad de las obras de Pamuk, sobre la que trataremos más adelante, estamos muy lejos de comprender los vericuetos del Nobel de Literatura. Decisiones políticamente evidentes como la de Winston Churchill, geniales como la de Elías Canetti y Coetzee o francamente ridículas como la de Camilo José Cela (uno de los peores momentos en la historia del Premio Nobel) han impregnado la historia de este polémico galardón.

Orhan Pamuk

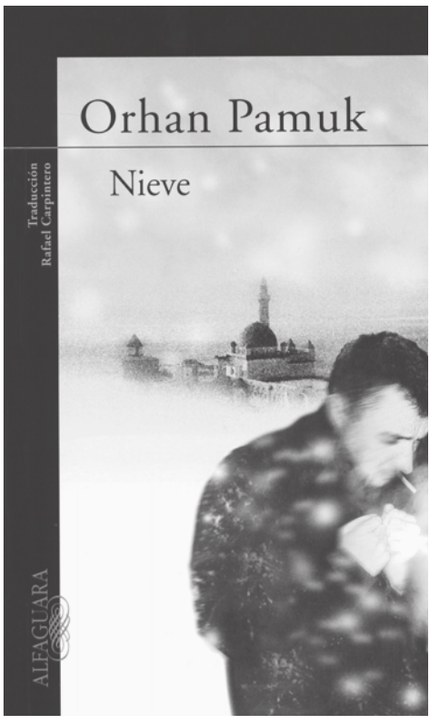
Pero la obra de Pamuk, para nuestra fortuna, va más allá de estas veleidades políticas. Si bien es cierto que el acercamiento entre Oriente y Occidente es absolutamente necesario, éste sólo puede darse a través del diálogo cultural. Pamuk es uno de esos casos donde la corrección política se encuentra con la gran literatura. Echando mano de la rica tradición literaria turca y árabe, y combinándola con los recursos de la novela moderna, Pamuk da un nuevo sentido a la narrativa actual.

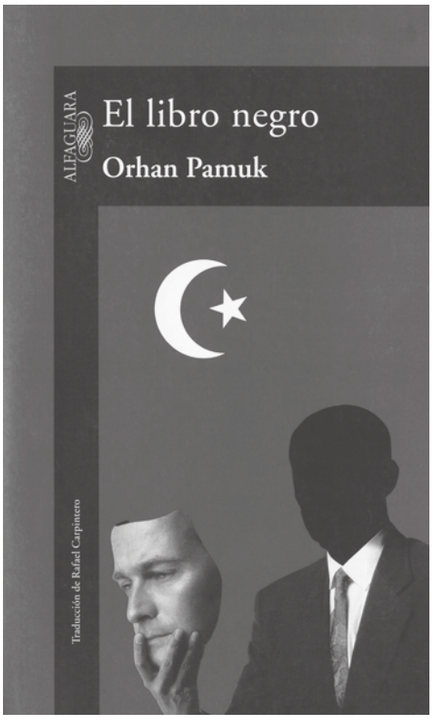
Pamuk es un autor de la estirpe de otros autores que se han acercado a ese punto donde se encuentran Oriente y Occidente, como el serbio (y soberbio) Milorad Pavic, cuyo *Diccionario jázaro* es un verdadero puente cultural y ese otro candidato eterno al Nobel, el albanés Ismail Kadaré, cuya obra se sitúa en esa frontera sutil entre Europa y Asia.

La designación de Pamuk en este sentido recuerda la del novelista egipcio Naguib Mahfouz, un capítulo más del coqueteo cultural entre Europa y el Islam. De hecho la obra misma de Pamuk tiene una evidente influencia de Mahfouz: ambos novelistas trabajan las relaciones familiares y ambos encuentran las bisagras, los puntos de contacto entre la literatura árabe y la literatura europea. Y aún más: en ambos autores está inscrita la influencia fundamental de Dostoievski, rasgo común de muchos autores de Medio Oriente y Oriente extremo como Kenzaburo Oé, Yasunari Kawabata o Gao Xingjian, todos ellos también galardonados por la academia sueca, sin dejar de mencionar a Coetzee, el gran escritor sudafricano.

Salvo en muy pocos casos en la historia del Premio Nobel de Literatura, éste ha sido concedido a autores experimentales, menos en el caso de Samuel Beckett y en el de la austriaca Elfriede Jelinek. Honrosamente fuera del Nobel quedaron también estilistas de la talla de James Joyce y de Jorge Luis Borges, quienes gozaron de la suficiente fama en vida (otro factor fundamental) como para recibir el premio.

Pamuk combina con maestría los recursos de la novela experimental con los de la novela de intriga. Su obra evade tanto el pintoresquismo como la experimentación a ultranza: es un autor que ha construido un universo personal y se ha dedicado a elaborar su ardua cartografía. Como todos los grandes autores ha tenido que reinventar el lenguaje novelístico para expresar un universo personal y propio capaz de hablarnos a todos nosotros. Al mismo tiempo intimista y épica, su obra refleja, como un fractal, el complejo mundo contemporáneo. Antes que nada Pamuk es un artista, la suya es una obra que expresa antes que pretender explicar. Dueño de una prosa plena de guiños literarios y de per-





sonalísimas observaciones sobre su entorno, Pamuk nos permite explorar, a través de la generosidad de su obra, su alucinante Estambul natal.

Orhan Pamuk comenzó a escribir a finales de los años setenta en la conflictiva ciudad de Estambul. En su obra se combinan múltiples elementos de la literatura europea con la rica tradición de la literatura turca y oriental. Pamuk ha hecho suya la máxima de que lo periférico se encuentra en el centro. En 1985 su novela *El sultán y el astrólogo* le dio repercusión internacional. John Updike, el gran escritor norteamericano, la saludó como un verdadero acontecimiento literario. A partir de ahí Pamuk comenzó una meteórica carrera que, en veinte años, lo condujo al Nobel. Más tarde publicó *El libro negro*, acaso su mejor novela hasta ahora, donde explora su vocación melancólica del *flâneur* por su ciudad. A esas novelas siguieron *Me llaman rojo* y la más reciente *Nieve*, para sólo mencionar las más destacadas y conocidas en nuestra lengua.

Pamuk es para Estambul lo que fuera James Joyce para Dublín, Saramago para Lisboa o Mahfouz para El Cairo. Al mismo tiempo cronista y novelista de su ciudad, Pamuk ha hecho de ella una de las capitales de la literatura contemporánea. Este romance del escritor con Estambul coloca a Pamuk en una situación privilegiada. Habitante de una ciudad sumergida en una historia fascinante, Pamuk observa y habita uno de esos islotes donde coexisten la tradición y la modernidad o la posmodernidad. Su obra toda se ubica en esa bisagra. Sus novelas históricas, ubicadas en Turquía, se confabulan para reconstruir la simbiosis entre Oriente y Occidente, el choque de dos culturas cuyo frágil equilibrio resulta tan necesario en nuestro tiempo.

Es quizás en *El libro negro* donde aparece con mayor fuerza el poder narrativo e incantatorio de Pamuk. A través de una novela construida a partir de un doble discurso —los textos de un periodista y la historia de un hombre al que abandona su mujer sin razón aparente— el autor turco elabora un preciso mecanismo de relojería donde reaparece el tema del doble en el escenario de una ciudad como Estambul plagada de signos milenarios. Novela que hace de la postergación su principio fundamental de composición, *El libro negro* deconstruye temas como la pérdida, las relaciones familiares y, sobre todo, hace de la escritura —y la lectura— una forma de recuperación de la identidad. En este sentido *El libro negro* sigue los pasos de dos novelas recientes: *Los inconsolables* del autor británico Kazuo Ishiguro y *Nocturno hindú* del italiano Antonio Tabucchi. Pero las múltiples fortunas que depara al lector *El libro negro* sólo pueden encontrarse merced al moroso recorrido de sus páginas.

Pamuk es un autor de largo aliento, un novelista de cepa, en la mejor tradición de Saramago o de Coetzee. Sus obras constituyen un verdadero *tour de force* para sus lectores. Universos paralelos donde brilla el poder de la imaginación verbal, novelas dialógicas en la mejor tradición dostoievskiana donde la trama se construye a través de múltiples voces y presencias.

Más allá del evidente significado político de la concesión del Nobel a Pamuk, es preciso decir que esta vez la Academia ha logrado una proeza literaria al otorgar un galardón al mismo tiempo legítimo desde un punto de vista político e incuestionable desde un punto de vista estético. En la obra de Pamuk nada es lo que parece y toda cosa esconde otra más profunda y secreta. El autor turco ha logrado redefinir el secreto en la literatura y nos ofrece una vuelta de tuerca a las infinitas posibilidades de la creación verbal.

En la obra de Pamuk nada es lo que parece y toda cosa esconde otra más profunda y secreta.